

Postura de Livio frente al prodigio

He tratado en anteriores artículos ¹, de la importancia de los prodigios en Tito Livio y de su clasificación. Son éstos, dos aspectos del tema, fáciles de comprobar; pero de elaboración no tan fácil, por la suma de textos que se tiene que manejar. Ahora entramos en un terreno más escabroso. Se trata de examinar la postura ideológica del historiador romano ante la retahíla interminable de prodigios incorporados a su obra, es decir, la fe de Livio en los prodigios que narra.

Naturalmente que en la apreciación de los prodigios y el asentimiento a los mismos entran en juego factores muy diversos. Su interpretación está condicionada a determinadas circunstancias de ambiente, cultura y tiempo. Es muy relativa la fe que a determinados prodigios antiguos se puede prestar. Los antiguos tendrían por milagro, por ejemplo, ver al hombre cruzar los aires con aparatos tan pesados como nuestros aviones de reacción. La verosimilitud de los sucesos es en muchos casos subjetiva, pues su apreciación depende muchas veces de las costumbres, ideología y creencias de los pueblos donde el suceso se realiza ².

1. Cf. *Importancia de los prodigios en Tito Livio*, «HELMANTICA» 12 (1961) 27-46; *Clasificación de los prodigios titolivianos*, «HELMANTICA» 12 (1961) 441-461.

2. A propósito, dice Menéndez Pelayo que, preguntado una vez Díez González acerca de la conveniencia de representar el *Amphitruo* de Plauto, toda vez que su trama parece poco verosímil, contestó: «Parece estar defectuosa en la verosimilitud, que es parte tan esencial de la comedia;

Por eso se presta a discusión la postura de Tito Livio frente a los prodigios. Todos sus lectores se dan cuenta de la minuciosidad con que recoge en su obra los hechos prodigiosos. Uno de sus admiradores, Carlos Klotzch, escribe una monografía sobre la diligencia de Livio en este punto ³. Pero situado Tito Livio en un momento histórico y en un ángulo de visión muy diferente del de generaciones sucesivas, no siempre ni todos han sabido interpretar rectamente la intención y postura del historiador romano. Unos quieren presentárnoslo como escritor excesivamente crédulo e infantil; otros intentan clasificarlo en la zona de los escritores racionalistas y ateos; otros, en fin, ven en la actitud de Livio un sentimiento de respeto hacia la tradición antigua y una fe prudente unida a una sana crítica y a un espíritu de razonable libertad. Este es nuestro punto de vista. La siguiente exposición va encaminada a esclarecerlo.

Después de unas palabras en torno a la vieja polémica de la nimia credulidad de Tito Livio, pasaremos de lleno al tema, para probar que el historiador romano tiene ciertamente fe en los prodigios, pero una fe prudente, asentada en la garantía de la tradición, y que, a pesar de creer posible la alucinación y el engaño en algunos casos concretos, sin embargo, por probidad histórica, por patriotismo y aún por fidelidad a la tendencia etiológica de su historia, se ve en la precisión de registrar los hechos prodigiosos.

pero no es así, por cuanto la verosimilitud puede ser respectiva a las costumbres, culto y creencia de los pueblos en que se supone la acción; y suponiéndose ésta en Tebas, capital de Beocia, cuyos habitantes creían las infamias y malvada conducta de las falsas deydades, no carece esta comedia de su respectiva verisimilitud». Cf. M. PELAYO, *Bibliografía Hispano-Latina Clásica*, vol. VII, p. 361, Santander 1951.

3. KLOTZCH, *De diligentia Livii in enarrandis prodigiis recte aestimanda*, Wittenbergae 1789.

I.—POLEMICA EN TORNO A LA CREDULIDAD DE TITO LIVIO

En tiempos ya lejanos, cuando el *Ab Urbe Condita* era maneado con más soltura y asiduidad que ahora, y en los espíritus fuertes iba germinando y tomando cuerpo la idea racionalista, necesariamente hubo de llamar la atención, y hasta dar en rostro a muchos, la nimia repetición de prodigios, que hace Livio a lo largo de su obra. Porque no se contenta con referir los hechos más salientes y comprobados, sino que va prodigando los más minuciosos y despampanantes relatos, de suerte que, como dice Klotzch, *partim res minimas, prodigiorum nomine commemoravit, partim etiam eventus, quae ab omni rerum natura et ordine abhorrent, historiae suae inserit* ⁴.

Basados en ello, hubo autores que comenzaron a tachar a Livio de escritor supersticioso y crédulo en grado sumo ⁵. Salió en su defensa, bien mediado el siglo XVIII, Schwabio con una disertación que tituló *Vindiciae credulitatis Livii, cujus ob saepe recensita prodigia insimulantur* (Göttingen, 1773). Este, sin llegar a una solución satisfactoria, no incurrió sin embargo en los extremos a que un racionalismo feroz y una impiedad descarada habían conducido a un tal Tolando, *religioni inimicissimus homo*, como le llaman sus contemporáneos ⁶. Klotzch nos da a entender que era sujeto mal intencionado, amigo de proselitismo antireligioso y sin escrúpulos para autorizar sus teorías con sentencias mal traídas y trozos amañados de los grandes autores de la antigüedad. A Livio particularmente lo hizo pasar como compañero suyo de ateísmo: *Qui (Tolandus) —son palabras de Klotzch— dum ubique sui aequales quaereret, etiam Livium atheismi socium reperisse sibi visus est* ⁷.

Al efecto, escribió una disertación en la que la audacia, la arrogancia y el poco amor a la verdad, se aliaron para amal-

4. KLOTZCH, *De diligentia Livii...*, p. 3.

5. KLOTZCH, *ibid.*, p. 5.

6. FABRICIUS, *Bibliotheca Latina*, vol. I, p. 301, Venecia 1728.

7. KLOTZCH, *ibid.*, p. 5.

gamar en ella las más atrevidas afirmaciones en torno a su falsa hipótesis.

...evidentissime commostro —dice en la carta de presentación— *tantum illum (i. e. Livium) a meticoloso pravoque deorum cultu abhorruisse, ut totam Religionem patriam pro ficta prorsus et emendata haberet. Prodigia, Oracula, Omina et Ostenta, ne vel cassae nucis duxit... Praesagia quaevis Gentilium et Miracula inter fraudes rejecit Sacrificulorum, quorum artes et ingenium ad amussim depingit... Nullus mehercule scriptor aut luculentior in fabellis exauctorandis aut solidior* ⁸.

Así se expresa Tolando en el preámbulo de su disertación. Pasando luego al desarrollo de su tesis, todo se reduce a presentar una serie de textos de Livio tomados maliciosamente y en forma fragmentaria, para que encajaran mejor en su teoría, y le dieran pie a sus mal intencionados comentarios. Así, por ejemplo:

En el 1, 16, 1, a propósito de la misteriosa desaparición de Rómulo, arrebatado por una tempestad, se empeña en hacer ver que Livio se ríe de esta fábula pueril, cuando la verdad es que el historiador romano se limita a consignar el hecho con el respeto que le merecen todos los antiguos mitos y tradiciones, sin afirmarlas ni negarlas, fiel a la cosigna establecida previamente en el prefacio (*Praef.* 6).

Más tarde, en el 6, 1, 10, saca otra vez las cosas de quicio y atribuye a Livio más de lo que él pretendió, cuando, al decirnos que los sacerdotes habían suprimido de las *Doce Tablas*, todo lo que tenía carácter religioso, y que eso lo hicieron «porque querían reservarse el freno de la religión como medio de dominar la multitud», interpreta estas palabras como apreciación personal de Tito Livio, y no como una opinión que corría entre la gente, recogida y transmitida por los analistas.

También en el 8, 6, 3 explota desfavorablemente Tolando

8. J. TOLANDUS, *Adeisdaemon sive Titus Livius a superstitione vindicatus*, Hagae Comitum, 1709, p. **3 en la carta introductoria.

el comentario que hace Livio a la muerte de aquel despreciador de los dioses que se llamó Anio.

Estos y otros muchos pasajes que podríamos ir citando los desorbita Tolando en confirmación de su tesis. Trata de presentarnos un Tito Livio ateo y despreciador de los dogmas religiosos ⁹, y para eso tiene que destrozar los textos, cuando, en realidad, una de las convicciones más profundas y seguras, que se saca de la simple lectura de Livio, es la idea de su arraigada y ardiente religiosidad y del respeto e interés por las tradiciones sagradas y, en general, por cuanto tiene más o menos conexión con el tema religioso.

Por eso, pronto tuvo contradictores la tesis de Tolando. Fabricio la calificó de *desvergonzada*. Dice textualmente este autor: *...impudentiam Io. Tolandi omitto... Tolandum confutandum in se suscepere plures viri doctissimi ut Io. Franciscus Budaeus in Historia Ecclesiastica Vet. Test. et in programme de origine gentis Hebraee; Salomo Deilingius; Iacobus Fayus; Elias Benrist; Morinus; etc.* ¹⁰.

Y en otro lugar, vuelve a ocuparse Fabricio del tema de Tolando y escribe: *Male de religione ac pietate, pessime de Livio meritus est Io. Tolandus, qui ut illum a superstitionis culpa, quod multi iam ante illum fecere, absolveret, adstrinxit invitum irreligiositatis et ἀθεότητος crimine, veluti nihil possit esse me-*

9. TOLANDUS, o. c., pp. 80-97. En estas páginas el autor arremete contra San Gregorio, papa, a quien inculpa de haber mandado quemar las obras de Livio y varios edificios de Roma; las obras de Livio, porque con su *gratia, auctoritate et diligentia* (p. 90) eclipsaban los libros de los escritores cristianos; y los edificios de Roma, para evitar la afluencia de peregrinos, atraídos por el esplendor y magnificencia de los monumentos de la antigüedad pagana. Empeñado en desacreditar al gran Pontífice, dice de él, que, a pesar del brillo de su nombre, *frigide tamen, negligenter, barbare et confuse omnia scripsit* (p. 95). Cita contra él un fragmento de su carta a San Leandro en la que anatematiza las reglas de Donato. Con este alegato contra San Gregorio termina Tolando la defensa de su tesis sobre la incredulidad de Livio. No faltaron contradictores que desautorizaron pronto a Tolando y su doctrina, como hacemos notar en el texto.

10. FABRICIUS, *Bibliotheca antiquaria*. Hamburgi et Lipsiae, 1716², volumen I, p. 237.

dium inter modestum contentorem anilium, quales erant ple-raeque Romanae superstitionum, et impudentem atque impium conculcatorem Numinis et omnis in universum religionis. Tolandi liber inscribitur, Livius ἀδεισιδαίμων sive de superstitionis culpa Livio falsa impacta dissertatio, Hagae Comitum a. 1709. Scripsit adversus eum D. Iacobus Fayus, Ultrai 1709. Scripsit et Elias Benedictus, gallice, Delphis 1712; scripsere item alii. Sed non opus puto multis cum eo contendere, cui ita periit frons, ut non erubescat Mosen venditare pro assertore Spinosissimi ¹¹.

Una defensa muy razonada y serena de la ortodoxia de Livio con respecto al tema que nos ocupa la hizo, a fines del s. XVIII, el alemán Juan Jorge Carlos Klotzch en su tesis, ya mencionada, *De diligentia Livii in enarrandis prodigiis recte aestimanda* ¹².

Su tesis la enuncia con las siguientes palabras:

Utrum tanta copia narratiuncularum de prodigiis, earumque ratio, ab omni similitudine veri plane abhorrrens argumento esse possit, Livium stolidae superstitioni, prae caeteris suae aetatis hominibus, aliquanto cultioribus, maxime fuisse deditum atque inde venisse illi stultissimum miracula temere conquirendi studium.

La conclusión a que llega, tras un sereno y profundo razonamiento, es la siguiente:

Livium neutiquam nimis credulum fuisse, nec ipsum, vel ad defendendam vel ad propagandam superstitionem et ad persuadendum hominibus suos errores temerariasque opiniones tantam copiam narrationum de prodigiis, historiae suae inservisse... non cadere in scriptorem nostrum eximium, nec superstitionis omnino non ferendae, nec negligentiae in colligendis scribendisque quibuscumque narrationibus suspicionem atque invidiam ¹³.

11. FRABICIUS, *Bibliotheca Latina*, vol. I, p. 301.

12. KLOTZCH, *De diligentia Livii*, p. 6.

13. ID., p. 11.

Pero dejemos la polémica y pasemos al examen de la postura de Tito Livio con relación a los prodigios.

II.—FE DE LIVIO EN LOS PRODIGIOS

No se puede negar la religiosidad de Livio. Sin necesidad de meternos ahora en este asunto, sólo el hecho de que se manifieste tan solícito y minucioso en recoger e incorporar a su obra tantos prodigios, prueba bien a las claras su religiosidad.

Pero, además, no se contenta con el simple enunciado de los prodigios. Con frecuencia él mismo presta su asentimiento a la intervención de fuerzas sobrenaturales en los sucesos que relata y se lamenta de que a veces se haya menospreciado el aviso de los dioses. Concretemos algunos casos:

1. Tal ocurre por ejemplo en el 1, 45, 4, cuando nos habla de aquel becerro, que al nacer llamó ya extraordinariamente la atención por su forma y su tamaño: *Sabinis nata... dicitur miranda magnitudine ac specie*. Sus cuernos, suspendidos durante muchos años en el vestíbulo del templo de Diana, atestiguaban aquella maravilla. El hecho fue tenido, como en realidad lo era, por prodigioso: *habita, ut erat, res prodigii loco est*. Ese *ut erat*, tan breve y tan incisivo, incrustado deliberadamente por el autor en el interior de la cláusula, resulta de una fuerza expresiva extraordinaria. Se trata de una afirmación contundente de Livio, que viene a confirmar la opinión general del suceso prodigioso. Esta afirmación viene reforzada por las dos palabras en disyunción violenta (*habita... res*), que al ejercer presión sobre el inciso que las separa, lo hacen resaltar del resto de la frase. Estilísticamente tiene valor de una afirmación rotunda.

2. En el 5, 32, 6, después de relatar cómo el plebeyo M. Cecilio había oído una voz misteriosa que anunciaba la llegada de los Galos, se queja amargamente de que los magistrados, por la humilde condición del emisario, hubieran despreciado el aviso de los dioses: *propter auctoris humilitatem... deorum monita spreta*.

3. Con motivo de la guerra contra Filipo, en el año 200 a.C., Livio ve natural que se hubiera despertado el fervor religioso, como suele ocurrir —dice— al principio de cada guerra y de las grandes calamidades públicas ¹⁴, y que con este motivo se hubieran organizado públicas rogativas y otros actos de culto. No en vano era costumbre en Roma no dar comienzo a ninguna empresa, ni en paz ni en guerra, sin que precediera el rito sagrado del auspicio o augurio encomendado al colegio sacerdotal: las asambleas populares, la leva de tropas, las deliberaciones más graves se suspendían si la observación de las aves así lo reclamaban. Ya en el 1, 36, 4-6, hace notar Livio, cómo el adivino Ato Navio, a ruegos del rey Tarquinio, que intentaba dejarle en ridículo y desacreditar su ciencia adivinatoria —*illudens artem*—, cortó sin dificultad, con un simple cuchillo, la piedra que el rey le señaló. El historiador recalca con especial interés que, en recuerdo de este hecho prodigioso, en el mismo lugar del suceso, se colocó en los comicios la estatua del adivino y la piedra por él milagrosamente cortada, *ut esset* —subraya Livio— *ad posteros miraculi ejus monumentum*. Y añade, seguidamente, con pleno asentimiento de su parte, esta frase reveladora del espíritu profundamente religioso del pueblo romano: *Augurii certe sacerdotioque augurum tantus honos accessit ut nihil belli domique postea nisi auspiciato gereretur* ¹⁵.

4. Hacia el final de la segunda guerra púnica vuelve Livio a elogiar la actitud del pueblo romano, que, en medio de los azares e inquietudes de aquella guerra tan terrible, seguía fiel a la costumbre antigua de atribuir a los dioses sus triunfos y reveses ¹⁶.

5. Pero su más clara y contundente profesión de fe reli-

14. Liv. 31, 9, 5-7; cf. 21, 62, 1. L. Halkin, antiguo profesor de la Universidad de Lieja, publicó hace unos años una interesante monografía sobre el tema de las rogativas públicas: *La supplication d'action de grâces chez les romains*. (Paris, Les Belles Lettres, 1953). En esta monografía figura Tito Livio como una de las abundantes fuentes de información.

15. Liv. 1, 36, 6; cf. Cic., *De divin.* 2, 2; 1, 16.

16. Liv. 28, 9, 1.

giosa en los prodigios la encontramos en el libro 43. Es un pasaje que se ha hecho célebre y que es obligado citar cuando se trata del tema de la actitud de Livio ante los prodigios. Dice textualmente:

Ceterum et mihi vetustas res scribenti nescio quo pacto antiquus fit animus et quaedam religio tenet, quae illi prudentissimi viri publice suscipienda censuerint, ea pro indignis habere, quae in meos annales referam ¹⁷.

Evidentemente, Livio no es un excéptico en punto a religión, ni menos un ateo, como nos lo quiso presentar Tolando, con una ligereza sin igual y un razonamiento sin base, que no puede menos de calificarse de audacia desvergonzada. Si con respecto a la adivinación escribió el Arpinate que era general la creencia de los pueblos en ella, ya se trate de gente docta e ilustrada, ya de gente bárbara e inculta ¹⁸, ¿cómo concebir que el príncipe de los historiadores del pueblo más religioso del mundo se mostrara descreído e impio a lo largo de su obra? ¿Es comprensible que un autor sin fe en los dioses y en su intervención en el mundo se tomara la molestia de consignar tan larga y detallada lista de portentos y sucesos milagrosos? Para Borneque sólo este dato es argumento suficiente de la religiosidad de Livio ¹⁹.

Pero fijémonos ahora, más que en el hecho, en las cualidades que acompañan a la fe religiosa de Tito Livio en los prodigios. Podemos reducirlas a las siguientes:

1. FE PRUDENTE E ILUSTRADA.

Livio, hombre de inteligencia despierta y de corazón recto, se dio perfecta cuenta del doble peligro que existe en materia de sucesos prodigiosos; pues uno puede dejarse arrastrar de

17. Liv. 43, 13, 1-2.

18. Cic., *De divin.* 1, 1. Poco después, *ibid.* 1, 3, añade: *Omnes praeter Epicurum divinationem probaverunt, et hanc ipsam praesensionem rerum futurarum, non eventu tantum moniti, sed rationibus docti etiam defenderunt.*

19. BORNEQUE, *Tite-Live*, Paris, Boivin, 1933, p. 60.

un fervor fanático o bien incurrir en un excepticismo impio, no admitiendo más que lo puramente material del hecho. Cicerón, hablando de los auspicios, había ya llamado la atención sobre este doble peligro ²⁰. Tito Livio no caerá ni en la superstición infantil que a la ligera presta asentimiento a todo relato por fantástico que sea, ni en la impiedad de negar a ojos vistas todo evento sobrenatural. Su fe en los prodigios será prudente. Como hombre sensato unas veces manifestará sus dudas y reservas; otras, como más conocedor de la naturaleza y de sus leyes que la gente vulgar, ensayará una explicación puramente natural; en fin, como buen filósofo, con una fina percepción psicológica, nos descubrirá momentos, lugares y circunstancias más propicias a la psicosis del milagro. Y en esto no hace más que adelantarse a Plutarco, cuando escribía recomendando el justo medio: ἡ δ' ἐυλάβεια καὶ τὸ μηδὲν ἄγαν ἄριστον ²¹

2. FE CON FRECUENTES RESERVAS.

No es infrecuente que Livio, manifieste sus dudas con respecto a ciertos prodigios que la tradición ha recogido y transmitido con religiosa escrupulosidad. Su forma de expresión más corriente al presentar los prodigios es impersonal: *dicitur, narratur, fama est, nuntiatum, visum, memoriae proditum est*. Evita la fórmula *vere facta res*, que demostraría un asentimiento personal, valiéndose en cambio de otras expresiones más imprecisas y menos autoritarias, como *res credita, prodigii loco habita, in prodigium et religionem versa*.

Y, que esta discriminación de fórmulas obedecía a un criterio preconcebido, se ve claro por una de las normas que el historiador fija en el prefacio de su obra, cuando dice: *Datur haec*

20. Crc., *De divin.* 1, 4.

21. PLUT. *Cam.* VI (Budé) 132, 4: «Pero en estas cosas —dice— la humana flaqueza ha hecho peligrosa tanto la demasiada credulidad como la extremada incredulidad, cuando no se sabe contener en los justos límites, sino que o se deja arrastrar hacia una supersticiosa admiración o a un desprecio de los dioses y de la religión. Conviene, pues, ser prudente y comedido, pues el equilibrio y la moderación es en esto lo mejor».

venia antiquitati, ut miscendo humana divinis primordia urbium augustiora faciat... Sed haec et his similia, utcumque animadversa aut existimata erunt, haud in magno equidem ponam discrimine ²².

En efecto, Livio no deja de reconocer que, en la historia de la primitiva Roma sobre todo, hay muchas cosas oscuras ²³ y datos fabulosos y que, ante la imposibilidad de comprobar históricamente los hechos, no hay más remedio que atenerse a la tradición ²⁴.

Cuando va a comenzar la lista, larga por cierto, de los prodigios del año 218 a. C., el historiador mitiga la frase, que ha comenzado con un *facta*, demasiado contundente, mediante la fórmula suave y modesta de *nuntiata et temere credita*. Así salva su responsabilidad ²⁵. Un procedimiento similar notamos en otros pasajes de Livio ²⁶.

El Paduano, lejos de compartir la opinión de aquellos que en todo, aún en las cosas más corrientes e insignificantes, quieren ver una intervención especial de los dioses, proscribe y condena con frase enérgica y expresiva esta credulidad, dándole el calificativo de *prava religio*, «superstición malsana, fanatismo» ²⁷.

En otro pasaje da a entender que, tratándose de milagros, es fácil exagerar y que, bajo el hecho real de un suceso prodigioso, se corre el peligro, no infrecuente, de introducir subrepticamente muchos otros casos de dudosa procedencia. Tal

22. Liv. *Praef.* 7-8.

23. Liv. 6, 1, 2: *res cum vetustate nimia obscuras...*

24. Liv. 7, 6, 6, habla en este pasaje del sacrificio del joven M. Curcio a los Manes y, ante la duda de si realmente se trata de este M. Curcio o más bien de un tal Curcio Meto, añade: *Cura non deesset si qua ad verum via inquirentem ferret; nunc fama rerum standum est, ubi certam derogat vetustas fidem; et lacus nomen ab hac recentiore insignitius fabula est*. Este es el criterio seguido por el historiador romano con relación a las tradiciones antiguas. Véase la referencia de Livio al Lago Curcio en 1, 13, 5, y en *Praef.* 6, la norma a seguir en los relatos fabulosos.

25. Liv. 21, 62, 1.

26. Cf. Liv. 3, 10, 5; 5, 13, 4; 10, 31, 8; 25, 7, 7.

27. Liv. 27, 22, 2.

es el sentido de aquellas palabras del libro 27: *Sub unius prodigii, ut fit, mentionem alia quoque nuntiata* ²⁸; donde es de notar la fuerza especial que tiene el inciso parentético *ut fit*.

3. FE QUE TRATA DE EXPLICAR LOS HECHOS

No se contenta Livio con apuntar más o menos veladamente las dudas y reservas que en su espíritu prudentemente crítico se despiertan. En ocasiones, pasa más adelante y, ante un hecho que la tradición presenta como prodigioso, trata él de darle una explicación natural, que en la mayoría de los casos tiene visos de probabilidad ²⁹. Así, por ejemplo, al hablar de la peste del 464 a.C., que tantos estragos causó en la ciudad y en la campiña, señala como explicación natural, el calor sofocante de aquel año y el hacinamiento en el interior de la ciudad de hombres y rebaños de las cercanías, que por miedo al enemigo se habían refugiado en Roma. Se comprende, añade el historiador, que «aquella confusión, aquella mezcla de animales de toda especie, fatal a los habitantes de Roma por la infección extraordinaria de que eran foco, difundiera la peste por toda la ciudad, estando como estaba abarrotada de gente, que se amontonaba en humildes tugurios, consumida por el calor y el insomnio» ³⁰.

La peste del 399, de tan tristes recuerdos en Roma, Livio la

28. Liv. 27, 37, 2.

29. La ignorancia de las fuerzas de la naturaleza hizo que *eventus omnes, aliquantum insolitos, statim peculiari quadam vi divina accidisse crederent*. En estos hechos insólitos veían un aviso especial de los dioses. De la interpretación religiosa que se les daba nació el cuidado que ponían los romanos en registrarlos en los libros sacerdotales para transmitirlos así a la posteridad. Sobre este punto, cf. KLOTZCH, *De diligentia Livii*, p. 7. Más recientemente un sabio americano se ha esforzado en hallar la explicación científica de estos supuestos prodigios y, ciertamente, que, en ocasiones, la ha encontrado; cf. FRANKLIN BRUNELL KRAUSS, *An interpretation of the omens, portens and prodiges recorded by Livy, Tacitus and Suetonius*. Se trata de una tesis doctoral publicada en la Universidad de Pensilvania, en 1931.

30. Liv. 3, 6, 2-4.

quiere también explicar por razones naturales. Por de pronto hace notar el contraste entre el invierno de ese año, que fue extraordinariamente crudo y nivoso —hasta el punto de quedar interrumpidas las comunicaciones por los caminos y la navegación por el Tiber—, y el tiempo que siguió con bruscas variaciones atmosféricas y desapacible temperatura. Consecuencia de ello fue la *gravis pestilensque omnibus animalibus aestas*, «un verano tremendamente pestilencial para todos los vivientes». Como no se veía motivo ni término para aquella enfermedad incurable —continúa diciendo Livio— se recurrió a los libros Sibilinos y los decenviros, encargados del culto sagrado, celebraron el primer lectisternio de Roma ³¹.

Hablando del misterioso socabón que se produjo en medio del foro y que no fue posible cegar con cuanta tierra iban amontonando allí los ciudadanos, hasta que el joven Curcio se sacrificó a los Manes, Livio dice sencillamente: «En aquel año (362 a.C.) un terremoto u otra causa desconocida produjo un hundimiento del suelo en medio del foro» ³².

A un incendio en el templo de Vesta, que en el 206 llenó de espanto a Roma entera y conmovió la ciudad más que los demás prodigios, el historiador romano parece querer quitarle importancia al explicarlo nada más que por la negligencia de la Vestal encargada de mantener el fuego sagrado. Son significativas sus palabras: *quamquam nihil —dice— portendentibus deis, ceterum neglegentia humana acciderat* ³³.

En el libro 35 Livio relata la caída de un enorme peñasco, que, desprendido del Capitolio, fue rodando hasta el barrio Yugario y aplastó bajo su peso considerable número de personas. El hecho figura entre los sucesos prodigiosos del año 192; pero el historiador trata de dar a los lectores una sencilla explicación del mismo. Tal es el sentido del inciso inicial de la frase: *saxum ingens, sive imbribus seu motu terrae leniore quam ut alioqui sentiretur... ex Capitolio procidit*, «se despren-

31. Liv. 5, 13, 1-6.

32. Liv. 7, 6, 1.

33. Liv. 28, 11, 6-7.

dió del Capitolio un gran peñasco, ya por causa de las lluvias, ya por algún terremoto demasiado ligero para que pudiera ser notado en otros sitios»³⁴.

4. FE QUE, EN OCASIONES, FILOSOFA SOBRE LOS PRODIGIOS.

A veces Livio, guiado de su fina percepción psicológica, se mete a filosofar sobre la razón de la credulidad de los antiguos. Reconoce, ya en principio, que el pueblo romano propendía de suyo a propalar y dar crédito a toda clase de prodigios: *Impleverat ea res superstitionum animos, pronique et ad nuntianda et ad credenda prodigia erant*³⁵.

Sostiene también que entre gente ruda y sencilla cunde más fácilmente el afán de sucesos prodigiosos y que la psicosis de lo sobrenatural crece con el fanatismo supersticioso de la plebe: *Prodigia eo anno (212 a.C.) multa nuntiata sunt, quae quo magis credebant simplices ac religiosi homines, eo plura nuntiabuntur*³⁶. Y en otro pasaje dice: *Romae aut circa Urbem multa ea hieme prodigia facta aut, quod evenire solet motis semel in religionem animis, multa nuntiata et temere credita sunt*³⁷.

Sobre todo hay tiempos, lugares y circunstancias en que esta psicosis de lo sobrenatural llega a su punto álgido. Livio apunta como momento muy señalado para ello la guerra, la peste y, en general, toda calamidad pública, y en cuanto a lugares, aquellos particularmente que, santificados por la presencia de una divinidad o por su destino al culto o por haber sido tocados por un rayo o por otro cualquier concepto, eran considerados como sagrados. Conocía Livio muy bien la psicología de la multitud, tan propensa a dejarse arrastrar por novedades, máxime si vienen avaladas por algún hecho con visos de sobrenatural. Sabía que esta propensión tomaba alas en

34. LIV. 35, 21, 6.

35. LIV. 29, 14, 2.

36. LIV. 24, 10, 6; cf. 27, 37, 1; 29, 14, 3.

37. LIV. 21, 62, 1.

momentos de consternación, de alarma, de calamidades públicas, de guerra, de aprensión, de pesimismo; que los ánimos en estas circunstancias se hallan dispuestos a aceptar las más extravagantes doctrinas y sucesos, y asirse a ellos como tabla de salvación. A lo largo de toda la obra de Livio se revela esa fina percepción psicológica. Con unos pocos ejemplos bastará para apreciar esta característica del historiador romano:

4, 30, 7-11: Se refiere este pasaje a las calamidades que sobrevinieron el año 428 a.C. con motivo de una sequía pertinaz. La tierra, privada de su natural humedad, apenas alimentaba las fuentes, y el cauce de los ríos quedaba seco. Por todas partes la escasez de agua amontonaba alrededor de las fuentes y arroyos rebaños muertos de sed. Muchos morían de sarna y suciedad. Los hombres se contagiaron y la mortandad fue enorme tanto en el campo como en la ciudad. Mientras los cuerpos eran presa de esta epidemia, dominaron los ánimos muchas prácticas supersticiosas. Los que explotan la credulidad se aprovecharon de esta circunstancia para introducir en las casas nuevas formas de sacrificios y prácticas religiosas, para calmar la ira de los dioses, tanto que los hombres de pro se avergonzaron de su patria. Es importante este texto de Livio. Como es algo extenso, me limito a reproducir aquí solo el último párrafo, que es el más llamativo. Dice así: *Nec corpora modo adfecta tabo, sed animos quoque multiplex religio et pleraque externa invasit, novos ritus sacrificandi vaticinando inferentibus in domos, quibus quaestui sunt capti superstitione animi, donec publicus jam pudor ad primores civitatis pervenit cernentes in omnibus vitiis sacellisque peregrina atque insolita piacula pacis Deum exposcendae* ³⁸.

Muchos otros textos confirman esta actitud razonadora de Livio. Veamos algunos:

6, 5, 6: *In civitate plena religionum, tunc etiam ab recenti clade superstitionis principibus, ut renovarentur auspicia res ad interregnum rediit.*

38. Liv. 4, 30, 9-10.

10, 31, 8: *Felix annus bellicis rebus (295 a.C.), pestilentia gravis, prodigiisque sollicitus.*

21, 62, 1: *Multa ea hieme prodigia facta sunt aut, quod evenire solet motis semel in religionem animis, multa nuntiata et temere credita.*

22, 1, 13: *Inde minoribus etiam dictu prodigiis habita, etc. propter territos volgo homines novis prodigiis...; id quidem etiam, quod saepius acciderat, magis terrebat.*

24, 10, 6: *Prodigia eo anno multa nuntiata sunt, quae quo magis credebant simplices ac religiosi homines, eo plura nuntiabantur.*

24, 44, 8: *...et alia ludibria oculorum auriumque credita pro veris.*

27, 23, 2: *...adeo minimis etiam rebus prava religio inserit deos...*

27, 37, 2: *Sub unius prodigii, ut fit, mentionem alia quoque nuntiata.*

28, 11, 1: *In civitate tanto discrimine belli sollicita, cum omnium secundorum adversorumque causas in deos verterent, multa prodigia nuntiabantur.*

29 14, 2: *Impleverat ea res superstitionum animos, pronique et ad nuntianda et ad credenda prodigia erant; eo plura vulgabatur.*

31, 9, 5-6: *Cum dilectum consules haberent pararentque ad bellum opus esset, civitas religiosa, in principiiis maxime novorum bellorum, supplicationibus habitis jam et obsecratione circa omnia pulvinaria facta, ne quid praetermitteretur quod aliquando factum esset ludos Jovi donumque vovere consulem, cui provincia Macedonia evenisset, jussit.*

42, 20, 1: Los prodigios enumerados en este capitulo van encabezados por esta frase, reveladora de una psicosis especial, promovida por la inquietud ante la guerra que se avecina: *In suspensa civitate ad expectationem novi belli, nocturna tempestate columna rostrata in Capitolio... fulmine discussa est.*

5. FE QUE SE APOYA EN LA TRADICION.

A veces el hecho prodigioso resulta imposible de comprobar. La actitud de Livio en estas circunstancias es la que aconseja la prudencia: atenerse a la tradición y, si hay razón para ello, admitir la sustancia del hecho haciendo caso omiso de determinadas circunstancias. Esta es su conducta en muchos casos.

Muy significativo es a este respecto lo que dice Livio al describir el famoso templo de Juno Lacinia, en Crotona³⁹. Después de calificarlo de *inclitumque templum divitiis etiam, non tantum sanctitate*, añade, generalizando el hecho, que se trata de un templo enriquecido con milagros, como de ordinario ocurre en los lugares de más fama: *ac miracula aliqua adfingunt, ut plerumque tam insignibus locis*. A continuación, escudando su responsabilidad en la fórmula *fama est*, cuenta que había en el vestibulo un altar donde los vientos no movían jamás la ceniza de los sacrificios.

En el episodio de la toma de Veyas, al narrar el hecho fabuloso de que, mientras el rey de los veyos sacrificaba una víctima, se oyó en el subterráneo o mina preparada por los romanos, la voz del arúspice anunciando la victoria a quien se apoderase de las entrañas del animal sacrificado, añade con prudente cautela el historiador: «Pero en acontecimientos de tan remota antigüedad, paréceme bastante tomar por verdadero lo verosímil, y en cuanto a ciertos detalles, más convenientes para el aparato teatral, que se complace en lo maravilloso, que a la fidelidad histórica, no vale la pena detenerse a afirmarlos o negarlos»⁴⁰. Es aplicación del criterio historiográfico establecido en el prólogo general antes citado (*Praef.* 6).

Con motivo de la peste del 364 a.C., sabemos por Livio que se celebró el tercer lectisternio y, como ni los remedios humanos ni la protección de los dioses llegaron a mitigar la violencia del mal —*victis superstitione animis*—, se apoderó de los ánimos la superstición. Así las cosas, dícese que, como medio

39. LIV. 24, 3, 6-7.

40. LIV. 5, 21, 9.

para aplacar el enojo de los dioses, se instituyeron en Roma los juegos escénicos ⁴¹. Poco después comenta Livio que los juegos escénicos, que en un principio tuvieron carácter religioso, no llegaron a despojar los ánimos de los temores supersticiosos ni los cuerpos de sus padecimientos. Fue preciso resucitar una práctica antigua y nombrar un dictador con la misión especial de fijar el clavo en el templo de Júpiter ⁴².

Al querer precisar el origen del nombre del lago Curcio, relacionándolo con el héroe del año 362, que no dudó en dar su vida para salvar la ciudad, Livio, ante el parecer contrario de otros historiadores, se contenta con decir: *Cura non deesset, si qua ad verum via inquirentem foret; nunc fama rerum standum est, ubi certam derogat vetustas fidem; et lacus nomen ab recentiore insignitius fabula est* ⁴³.

Acerca de aquel formidable trueno seguido de horrenda tempestad que estalló en el momento en que Anio, vencedor del Capitolio, pronunció una frase despectiva contra los dioses, añade Livio: «Todo esto puede ser verdad; pero también puede ser una ficción imaginada para expresar con mayor viveza el enojo de los dioses» ⁴⁴.

6. FE QUE INCLUSO CREE POSIBLE LA ALUCINACION Y EL ENGAÑO.

Livio, tan remirado en sus juicios, en ocasiones sugiere como posible la alucinación y hasta el engaño. Así, por ejemplo, cuando habla de los prodigios del 464 a.C. dice textualmente: *portentaque alia aut observata oculis aut vana s exterritis ostentavere species* ⁴⁵.

Más tarde, con motivo de la peste del 428, apunta la idea de la explotación indigna de que pudo ser objeto en aquellas

41. Liv. 7, 2, 1-3.

42. Liv. 7, 3, 1-4; cf. 1, 13, 5.

43. Liv. 7, 6, 6.

44. Liv. 8, 6, 3: *Nam et vera esse et apte ad repraesentandam iram deum ficta possunt.*

45. Liv. 3, 5, 14.

circunstancias luctuosas la buena fe de las gentes: *quibus quaestui sunt capti superstitione animi* ⁴⁶.

En el relato de los prodigios del año 213, dice Livio con fina ironía: *Et alia ludibria oculorum auriumque credita pro veris*. Y, a continuación, puntualiza su aserto añadiendo: «Habíanse visto sobre el río de Terracina fantasmas de naves largas que no existían y en el templo de Júpiter Vicilino, que se encuentra en el territorio de Compsó, había resonado ruido de armas». El texto latino es muy expresivo: *navium longarum species... quae nullae erant, visas* ⁴⁷.

Por entonces (213), creció de tal forma en Roma el fervor religioso de la superstición, sobre todo en punto a cultos extranjeros, que, en frase de Livio, *aut homines aut dei repente alii viderentur facti*. Falsos sacrificadores y adivinos —*sacrificuli ac vates*, dice despectivamente Livio —se habían apoderado de los ánimos, contribuyendo al incremento del mal, por una parte, la población de los campos, obligada por la miseria y el terror a abandonar sus tierras incultas y por mucho tiempo devastadas por la guerra, para refugiarse en la ciudad, y, por otra, el fácil lucro que se ganaba explotando la superstición, como si se tratara de profesión autorizada: *et quaestus ex alieno errore facilis, quem velut concessae artis usu exercebant* ⁴⁸. A este abuso tan extendido siguió la represión pública llevada a cabo en Roma por el pretor M. Emilio, quien, después de convencer al pueblo, dio lectura a un *Senatusconsultum*, en virtud del cual, mandó publicar un edicto obligando a entregar cuantos libros de adivinación y de culto hubiera en Roma ⁴⁹. De esta prohibición se salvaron los dos libros de Marciano, célebre adivino, porque, a juicio del pretor, tenían visos de proféticos. Estos libros dieron pie más tarde a nuevas prácticas y formas de culto. El testimonio lo da el propio Livio: *Religio deinde nova objecta est ex carminibus Marcianis* ⁵⁰. Los juegos

46. LIV. 4, 30, 9.

47. LIV. 24, 44, 8.

48. LIV. 25, 1, 6-8.

49. LIV. 25, 11-12.

50. LIV. 25, 12, 2.

apolinares y los cultos y sacrificios de que iban acompañados tuvieron su origen en estos libros de Marciano. .

No cabe duda sobre la postura de Livio frente a los prodigios. En principio no podía rechazar todo hecho maravilloso. La mayoría de ellos tenían el refrendo de una tradición bien arraigada. Su fe, sin embargo, no estaba reñida con un cierto espíritu de sana crítica y una cierta libertad en la interpretación de sucesos poco probados o demasiado extraños. Esta posición que es la más razonable y la que mejor dice con un historiador de gran talla es la que siguió Livio en la exposición de los hechos prodigiosos.

Pero demos un paso más y veamos cómo Tito Livio tenía forzosamente que recoger en su obra los relatos prodigiosos.

III.—POR QUE TUVO QUE REGISTRAR TITO LIVIO LOS HECHOS PRODIGIOSOS

Por tres razones principales se vio obligado Tito Livio a consignar en su obra los prodigios: por probidad histórica, por patriotismo y por la tendencia marcadamente etiológica de su historia.

1. POR PROBIDAD HISTORICA.

La probidad histórica lleva a Livio a renunciar a sus gustos y preferencias en aras de la tradición y sólo, cuando las fuentes o los historiógrafos antiguos callan, se atreve él a aventurar alguna conjetura fundada en razones y criterios personales. Tal ocurre, v. gr., al referir las frecuentes levadas de los volscos y los ecuos en sus repetidas guerras contra los romanos. Nuestro historiador encuentra extraño, que unos pueblos como éstos, tan reducidos y tantas veces vencidos, pudieran levantar constantemente nuevos ejércitos. Y pasando de la admiración a la hipótesis, escribe: «Puesto que los antiguos guardan silencio sobre este punto, ¿qué otra cosa podré yo hacer sino exponer mi opinión particular, como cada cual puede formar la suya

según sus propias conjeturas?». Y sigue luego dando su parecer sobre el caso ⁵¹.

En cambio, en otro pasaje, tristemente célebre, el de las matronas romanas que, con sus drogas venenosas sembraron la ciudad de muertos en el año 331, aunque su patriotismo le empujaba a dar una explicación menos vergonzosa a suceso tan lamentable, tanto más que los testimonios escritos no estaban de acuerdo sobre el particular, él sin embargo, no queriendo traicionar a su conciencia de historiador, se contenta con decir que prefería que se hubiesen engañado los documentos y no fuera verdad tanta vileza, pero que no puede menos de narrar el asunto tal como los autores lo refieren ⁵².

Livio lleva su fidelidad histórica al extremo de sentir escrupulo, cuando, por el interés del relato, tiene que romper el orden que los hechos reclaman, para intercalar algún episodio ajeno a la narración o alguna digresión que su celo moralizador o su alto espíritu patriótico le dictan. Tal ocurre, por no citar más que un ejemplo, cuando, entusiasmado Livio por el triunfo definitivo de los romanos sobre los samnitas, exclama alborozado, que ni el mismo Alejandro, guerrero afortunado e invencible, hubiera podido sojuzgar y dominar a los romanos ⁵³. Y como esta proposición podría parecer a muchos demasiado atrevida, pasa a razonarla, no sin antes presentar sus excusas por esta digresión, ajena por completo a su modo de proceder. «Hase podido ver —dice— que desde el principio de esta obra he procurado no separarme de los sucesos sino en caso necesario, ni buscar por medio de digresiones variedad en el relato, con el fin de distraer y agradar a los lectores por medio de amenos rodeos y dar descanso a mi espíritu. Sin embargo, al nombrar tan gran rey y tan gran general, me siento movido a consignar aquí algunas reflexiones que más de una vez han ocupado secretamente mi pensamiento» ⁵⁴.

51. Liv. 6, 12, 2-6.

52. Liv. 8, 18, 2-3: *illud pervelim... proditum falso esse...; sicut proditur tamen res, ne cui auctorum fidem abrogaverim, exponenda est.*

53. Liv. 9, 16, 19.

54. Liv. 9, 17, 1-2.

Realmente de la manera de presentar los prodigios se desprende que la fe religiosa de Tito Livio fue sincera y firme. Pero aunque así no fuera, aunque sus convicciones no fueran tan valientes como se manifiestan en la pública confesión que hace en el 43, 13, 1-2, frente a la actitud francamente escéptica o indiferente de muchos de los escritores de su tiempo, el príncipe de los historiadores romanos no podía menos de recoger en su obra los hechos prodigiosos. Tales hechos, verídicos o falsos, son patrimonio de la tradición histórica, ya que, dada la mentalidad profundamente religiosa del pueblo romano, influían efectivamente en el desarrollo de los acontecimientos, y, siendo así, un historiador no podía hacer caso omiso de los mismos sin mengua de su fidelidad a la historia. Ocupan los prodigios un lugar muy importante en la vida religiosa de los romanos para que un historiador sincero y objetivo los pudiera silenciar.

Por eso los historiadores romanos, aún los que siguieron a Livio, que con frecuencia hacen alarde de su indiferentismo religioso, tienen cuidado de incorporar los prodigios a su obra, con fórmulas más o menos intencionadas, para salvar su responsabilidad y su poca fe. Veamos sólo algunos ejemplos:

Valerio Máximo 1, 8, 1 dice a este propósito: *Quia non nova dicuntur, sed tradita repetuntur, fidem auctores vindicent.*

Tácito, en sus *Anales* 12, 64 declara que «frecuentes prodigios presagiaban el derrumbamiento del imperio». Y en *Hist.* 2, 50, puesto a referir prodigios, pone como premisa y advertencia previa esta comparación: *Ut conquirere fabulosa et fictis oblectare legentium animos procul gravitate coepti operis crediderim, ita vulgaris traditisque demere fidem non ausim*⁵⁵.

Suetonio, en sus *Vidas de los Césares*, cita frecuentemente prodigios que, en atención a las fuentes de donde los toma, califica él de verídicos. Así, por ejemplo, en *Jul.* 81, *Ner.* 46, *Calig.* 57, *Claud.* 46.

Curcio Rufo, en su libro *De rebus gestis Alex. Mag.* 9, 1, dice serenamente: *Equidem plura transcribo quam credo; nam nec affirmare sustineo de quibus dubito, nec subducere, quae accepi.*

55. Cf. Tac. *Ann.* 4, 81; 6, 26-28; 12, 64; 14, 13; *Hist.* 4, 81.

En otro lugar de su obra este escritor hace resaltar la influencia que ejerce sobre la multitud la idea religiosa, aunque su fundamento sea puramente supersticioso. He aquí sus palabras: *Nulla res efficacius multitudinem regit, quam superstitio, quae, ubi vana religione capta est, melius vatibus suis quam ducibus paret* ⁵⁶.

Y si ello es así, ¿cómo iba a llenar Livio el cometido histórico que en el prefacio de su obra se propone ⁵⁷, sin recoger diligentemente los hechos prodigiosos? ¿Es que puede escribirse una historia general de Roma desdeñando su aspecto religioso? Y la faceta religiosa de los romanos, ¿cabe historiarla sin tener en cuenta los prodigios y el *jus augurum*, que en frase de Cicerón era *quid maximum et praestantissimum in re publica?* ⁵⁸.

Así lo entendió Livio, y, convencido de ello, ya en el primer libro sienta esta proposición, que será la que regulará su conducta religiosa a lo largo de toda su obra: *Auguriis certe sacerdotioque augurum tantus honos accessit ut nihil belli domique postea nisi auspiciato gereretur, concilia populi, exercitus vocati, summa rerum, ubi aves non admisissent, dirimerentur* ⁵⁹.

Y no se diga que el relato de prodigios se refiere muchas veces a cosas sin importancia. Hay cosas insignificantes que han dado origen a grandes hechos. Sin salirnos de Livio podemos citar ejemplos en confirmación de esta tesis ⁶⁰.

Por lo demás no serán tan sin importancia los prodigios, al menos por lo que se refiere a la historia de Roma y al concepto que de ellos tenían los romanos, cuando sabemos que precisamente eran los hechos prodigiosos uno de los temas que con más respetuosa diligencia se catalogaban en los libros ponti-

56. CURT., *De rebus gestis* 4, 10, 7.

57. LIV., *Praef.* 9: *quae vita*, etc.

58. CIC., *De leg.* 2, 13.

59. LIV. 1, 36, 6.

60. LIV. 6, 34, 5: *...parva, ut plerumque solet, rem ingentem moliundi causa intervenit*; 27, 9, 1: *Adeo ex parvis saepe magnarum momenta rerum pendent*; cf. 7, 2, 13; 34, 1, 1.

ficales, después que el propio Senado ⁶¹, que velaba por los asuntos de interés nacional, había dado su dictamen favorable; y cuando consta que algunos prodigios se perpetuaron en monumentos públicos ⁶², como testimonio perenne de la protección de los dioses hacia el pueblo romano y de la religiosidad de este pueblo, del que dice Livio que sabía atribuir a los dioses todos sus triunfos y todos sus reveses ⁶³.

61. Cic., *De leg.* 2, 9: *prodigia, portenta ad Etruscos et haruspices, si Senatus jusserit deferuntur.*

Los prodigios ocupaban un papel esencial en la vida religiosa de los romanos. Como expresión de la voluntad de los dioses y de la *pax deorum* rota por la infracción o incumplimiento de alguno de sus mandatos, eran objeto de minuciosa y atenta observación y examen por parte de los representantes oficiales del pueblo, haciéndoseles materia de deliberación en público senado, en orden a establecer el rito expiatorio de la *procuratio*, según la naturaleza y las circunstancias del prodigio. El tema de la *procuratio prodigiorum* y de la adivinación de los mismos entre los romanos ha llamado justamente la atención de R. Bloch, arqueólogo, historiador y filólogo notable de la Escuela de Altos Estudios de la Sorbona. Resultado de sus pesquisas son dos artículos publicados sobre la materia: R. BLOCH *Les prodiges romaines et la "procuratio prodigiorum"*, en RIDA (=Révue Internationale des Droits de l'Antiquité), Mém. De Wisscher, 2 (1949) 119-131; IDEM, *Les prodiges et la divination dans l'Italie ancienne*, en «Diogène» (revista de la Unesco) n. 16 (1956) 62-84.

Compuesto ya este artículo, me llega la reciente publicación de RAYMOND BLOCH, *Les prodiges dans l'Antiquité Classique* (Paris, Presses Universitaires de France, 1963, p. 164). Es un pequeño manual, donde el A. ha logrado recoger con maestría gran parte del material de una extensa y documentada monografía que sobre esta materia espera publicar pronto. En tres capítulos, que mutuamente se complementan, estudia los prodigios en Grecia, en Etruria y en Roma. Con respecto a Roma, se detiene a examinar la importancia del prodigio, como manifestación de la rotura de la *pax deorum* y, consiguientemente, la necesidad de la llamada *prodigiorum procuratio*. Aunque utiliza frecuentemente textos de Tito Livio, no se detiene a examinar la posición del mismo en este particular; por más que al final del libro (p. 155) reconoce que este tema sería «apasionante».

62. Habla Livio (5, 50, 5) del templo en honor de *Aio Locutio*; recuerda (1, 33, 63) el milagro de Ato Navio que cortó la piedra con un simple cuchillo; recuerda también los cuernos de un becerro portentoso suspendidos como exvoto en las paredes del templo de Diana (1, 45, 4); el lago de Curcio, testimonio de un prodigio (7, 6, 6); *idque monumenti est* (4, 7, 10).

63. Liv. 28, 11, 1. Como introducción a los prodigios del año 206 dice: *Cum omnium secundorum adversariorumque causas in deos verterent...*

Bayet, cuando habla de la fidelidad histórica de Livio, dice de él que en esto el historiador romano «es muy superior a los otros escritores antiguos y no muy lejano de las exigencias de los actuales»⁶⁴. Su conducta con relación a los prodigios confirma este juicio del historiador francés.

En último caso hay que reconocer la verdad de estas palabras en Enrique Cocchia, uno de los mejores comentaristas de Livio y nada propicio por cierto a su credulidad religiosa. «I prodigi —dice— infatti sono anch'essi parte di storia, quando concorrono a ritrarre l'ambiente morale di un'epoca o a illuminare alcuni avvenimenti di straordinaria importanza, alla luce del riverbero che essi ebbero nella coscienza popolare»⁶⁵.

2. POR PATRIOTISMO.

Pero no sólo por deber profesional se veía obligado el historiador romano a poner interés y diligencia en la incorporación de los prodigios a su obra. En el caso de Livio su conciencia se sintió fuertemente acuciada por su acendrado patriotismo⁶⁶. Como nos dice en el prólogo, él había emprendido con ánimo esforzado —*pro virili parte*— la pesada e interminable tarea —*res immensi operis*— de reseñar la historia de Roma, «para perpetuar las glorias del pueblo más grande del

64. BAYET, *Tite-Live*, vol. I, p. XXXIX, Paris, Belles Lettres, 1947.

65. E. COCCHIA, *Libro I delle Istorie* p. XXIX, Torino, Chiantore, 1947.

66. El ardiente patriotismo de Livio lo ponen de relieve todos sus biógrafos. Aparece en sus relatos a pesar del empeño puesto por el historiador de Roma para ocultar su personalidad. A este respecto recordamos los siguientes pasajes: 9, 4, 15 *Ea caritas patriae est ut tam ignominia am quam morte nostra, si opus est, servemus*; 5, 54, 4-5 *Non sine causa dii hominesque hunc urbi condendae locum elegerunt...*; 1, 16, 6: *mea Roma caput orbis terrarum sit*; 21, 30, 10 *Romam caput orbis terrarum*; 26, 41, 12 *in hac ruina rerum stetit una integra atque immobilis virtus populi Romani...*; 27, 9, 11 *Admonerent non Campanos neque Tarentinos esse eos sed Romanos...*; y sobre todo la frase expresiva del *Praef.* 11: *nulla umquam res publica nec major nec sanctior nec bonis exemplis ditior fuit*.

mundo»⁶⁷; de ese pueblo, en cuya comparación —dice poco después con cierto aire de modestia, como quien teme verse cegado por su ardiente patriotismo—, *aut me amor negotii suscepti fallit, aut nulla umquam res publica nec major, nec sanctor, nec bonis exemplis ditior fuit*⁶⁸.

El fervor patriótico era el resorte que movía a los escritores de la época augústea. Las guerras civiles habían ido amortiguando este sentimiento en el ánimo de muchos. A la idea de Roma se había superpuesto la de un César o un Pompeyo, la de un Antonio o un Augusto⁶⁹. Por otra parte, con las nuevas conquistas, el Imperio había dilatado considerablemente sus fronteras. El derecho de ciudadanía romana se había otorgado generosamente a muchos pueblos extranjeros, a muchos ciertamente para quienes la concesión no había llegado a ser más que un título puramente legal, pero en quienes no había penetrado ni penetraría nunca el espíritu de la romanidad. Augusto se había impuesto, como misión política, la de reanimar el espíritu romano donde se había debilitado e infundirlo con la reciedumbre con que los antiguos lo habían sentido, en los pueblos recientemente incorporados a Roma. A ésta empresa de romanización del Imperio, Augusto quiso asociar a los grandes ingenios de su tiempo. Horacio⁷⁰, Virgilio⁷¹, Tito Livio con-

67. LIV., *Praef.* 3: *Utrumque erit, juvavit tamen rerum gestarum memoriae principis terrarum populi pro virili parte et ipsum consuluisse.*

68. LIV., *Praef.* 11.

69. BORNEQUE, *Tite-Live* (Paris 1933), p. 111 repite una idea de Nizard: Tito Livio es el primero de los historiadores romanos que tiene idea clara de la patria: «Il n'y a pas de patrie dans les *Mémoires* de César; il y a César, et Rome n'est plus qu'une ville qui lui coûte moins à prendre que Brindis. Il n'y a pas de patrie dans Salluste; il n'y a que des partis. Ni l'un ni l'autre n'ont aimé Rome, César se substituant à elle, Salluste n'y trouvant pas sa place. Tite Live, lui aime sincèrement cette république, «la plus grande, la plus vertueuse qui fût jamais».

70. Augusto desencadena una verdadera campaña de prensa. En ella Mecenas, su ministro del interior y de educación, desempeña un papel decisivo. Virgilio y Tito Livio serán sus mejores colaboradores, heraldos de la política restauradora de Augusto, los cantores de la paz, de la renovación espiritual, de las viejas y más puras tradiciones romanas; cf. MAGAÑOS, *La idea de Roma*, pp. 189-201 Madrid 1952; ST. PILCH, *De Augusti*

tribuirán poderosamente con su pluma a realizar, en el ámbito nacional y a lo largo de los siglos, la idea romanizadora del Imperio.

Ahora bien, romanizar es resucitar aquellas virtudes y ejemplos de valor y religiosidad que hicieron grande a Roma; es restaurar y consolidar, frente a la avidez de riquezas y al loco afán de placeres y de lujos provocativos y desenfrenados que acarrearón la ruina de Roma, el culto a la templanza, a la moderación y a la ruda sencillez de los antiguos que la llevaron a la cumbre de su grandeza ⁷².

Este es uno de los objetivos que Tito Livio se marca desde la primera página de su obra. ¿Y qué duda cabe, que uno de los medios para ello es tratar con respetuoso cariño todos los elementos religiosos de la historia? Esto supuesto, los prodigios, que eran para el pueblo romano cosa sagrada y unos como avisas y voces de la divinidad ⁷³, el historiador tenía que recogerlos con afán y transmitirlos a la posteridad. En este sentido los prodigios en Tito Livio tienen un alto valor patriótico y, sobre todo, moral.

3. POR SU TENDENCIA ETIOLOGICA.

Precisamente es éste un nuevo motivo a favor de la recopilación de los prodigios. El fin marcadamente etiológico que Livio imprimió a su historia le llevó a dar a la posteridad este ejemplo de veneración hacia los hechos considerados por los antiguos como manifestación de la acción especial de los dioses. Para él este objetivo etiológico es lo principal de su obra. Lo declara abiertamente desde el principio:

«Lo importante —dice— y lo que debe ocupar la atención

laudibus apud Horatium, en «Eos» 1962, pp. 61-67; MIGUEL DOLC, *Hispania y Marcial*, pp. 8-10, Madrid 1954: Augusto y la Romanidad.

71. Sobre el sentido patriótico de la *Enéida* véase la bibliografía en F. PEETERS, *A Bibliography of Vergil*, New York 1933.

72. Cf. Liv. *Praef.* 11-12.

73. Cf. Cic., *Verr.* 4, 107: *multa saepe prodigia vim ejus numenque declarant.*

de todos es conocer la vida y costumbres de los primeros romanos; averiguar quiénes fueron los hombres y cuáles las artes o resortes, tanto en paz como en guerra, que fundaron nuestra grandeza y le dieron impulso; seguir, en fin, con el pensamiento la insensible debilitación de la disciplina y aquella relajación inicial de costumbres que, lanzándose muy pronto por rápida pendiente, precipitó su caída, hasta este momento, en que el mal se nos hace tan insoportable como sus remedios. Lo principal y más saludable en el conocimiento de la historia, es poner ante la vista un como luminoso faro de toda clase de ejemplos que nos digan: Por tu propio provecho y el bien de tu pueblo, esto debes hacer y esto debes evitar, porque es vergonzoso su intento y funesto su resultado» ⁷⁴.

No es extraño que Livio, de acuerdo con este programa que en el prefacio se traza, ponga especial interés a lo largo de toda su obra en hacer resaltar los ejemplos de rectitud, nobleza, sobriedad, valor y moderación de un Cincinato, de un Curuncanio, de un Camilo, de un Curio Dentado, de un Catón, que naturalmente contrastan con las intrigas políticas, el fraude, la ostentación, el sibaritismo que comenzó a introducirse en Roma, sobre todo a raíz de las campañas de Asia. El mismo Livio nos ha trazado con los más vivos colores un cuadro de semejante situación:

«En efecto, dice, el lujo de las naciones extranjeras entró en Roma, con el ejército de Asia: éste fue quien introdujo en la ciudad lechos recamados con bronce, tapices primorosos, velos y tejidos finísimos, monopodios y escritorios de lujo. En esta época aparecieron por primera vez en Roma bailarinas y arpistas para diversión de los comensales en los festines; comenzó a tomarse como una profesión de gran valía. Sin embargo, todas estas novedades, apenas si pueden considerarse como el germen de la desmoralización de tiempos venideros» ⁷⁵.

74. Liv. *Praef.* 8-10.

75. Liv. 39, 6, 7-9. Salustio, en *Cat.* 11-14, coincide en la misma apreciación: el principio de la relajación de Roma estuvo en la vida muelle de ejército de Sila, después de la campaña de Asia.

Consecuente con su tendencia etiológica, no podía descuidar Livio el aspecto religioso. La religiosidad tenía un valor fundamental en la conciencia de los antiguos romanos. Por eso en la obra del gran historiador vemos destacar esta faceta importante. Al relatar en el libro quinto la epopeya de Camilo, alaba su fervor religioso y su diligencia en expiar los prodigios. Sus palabras son muy expresivas:

1. *Omnium primum, ut erat diligentissimus religionum cultor, quae ad deos immortales pertinebant rettulit et senatus consultus facit; 2. fama omnia, quoad ea hostis possedisset, restituerentur, terminarentur expiarenturque...; 3. cum Caerētibus hospitium publice fieret quod sacra populi Romani ac sacerdotes recepissent, beneficioque ejus populi non intermissus honos deorum immortalium esset... 4. Expiandae etiam vocis nocturnae quae nuntia cladis ante bellum Gallicum audita neglectaque esset mentio illata, jussumque templum in Nova via Ajo Locutio fieri* ⁷⁶.

Así continúa todo el capítulo relatando cuanto hizo el libertador de Roma para corresponder a los dioses por su especial protección en los trágicos momentos por que había pasado su patria cuando la invasión de los galos. Y en el discurso que Camilo dirige al pueblo poco después, vuelve a recalcar la necesidad de ser fieles a los deberes religiosos: «Aunque no tuviésemos costumbres religiosas —dice— establecidas al mismo tiempo que la ciudad, y transmitidas de unos a otros hasta nosotros, la intervención de la divinidad ha sido tan patente en este aprieto de Roma, que, en mi sentir, ha debido curarnos de toda indiferencia para con los dioses y su culto. Contemplad —añade— los acontecimientos felices o desgraciados de los últimos años, y veréis siempre que a los prósperos acompaña el respeto a los dioses y la irreligiosidad a los adversos» ⁷⁷.

Esta idea es obsesionante en Livio. Tengo a la vista una

76. Liv. 5, 50, 1-6.

77. Liv. 5, 51, 4-5.

larga serie de pasajes recogidos de su obra, en los que se palpa la protección divina a favor de los que fielmente cumplen sus deberes religiosos, y los castigos que han sobrevenido a los que se muestran indiferentes o descuidados en el cumplimiento de los mismos. Sólo su enumeración ocuparía varias páginas. Desisto de momento de hacer uso de ellos, pues habrán de ser objeto de un estudio más detallado acerca de la tendencia etiológica de Livio. Con todo no quiero cerrar este punto sin antes citar tres párrafos importantes, que vienen a confirmar su celo e inquietud por el mantenimiento de las prácticas religiosas y su fe en la protección singular de los dioses.

Al comenzar el libro nono, en el momento que arrecia la lucha con los samnitas, Livio pone en boca de los cónsules estas palabras: «Así, puesto que lo que importa más en las cosas humanas es tener a los dioses propicios o adversos, considerad como cierto que si las guerras anteriores las habéis hecho más contra los dioses que contra los hombres, la que os amenaza la haréis bajo la dirección de los dioses»⁷⁸.

Después de las angustias que Roma sintió con el enemigo a las puertas de la ciudad —*Hannibal ad portas!*—, aliviada algún tanto la situación, el historiador hace pronunciar a P. Escipión esta frase que no podía menos de levantar los corazones a la esperanza: *Nunc benignitate deum omnia secunda, prospera, in dies laetiora ac meliora, in Italia Siciliaque geruntur*⁷⁹. La protección de los dioses es para Livio el más firme sostén de la confianza y optimismo del pueblo romano.

Quiere Livio definirnos al auténtico soldado romano y aprovecha un discurso de Paulo Emilio, momentos antes de la batalla de Macedonia, para puntualizar cuáles han de ser sus preocupaciones: *Militem haec tria curare debere, corpus ut quam validissimum et pernicissimum habeat, arma apta, cibum paratum ad subita imperia*. Y esto supuesto, —añade Livio con un sentido profundamente religioso— *cetera scire de dis immortalibus*

78. Liv. 9, 1, 11.

79. Liv. 26, 41, 14.

et imperatori suo curae esse ⁸⁰. Evidentemente, la idea religiosa (*dis immortalibus*) y el espíritu patriótico (*imperatorii suo*) son dos sentimientos que laten con vigor en el fondo de las páginas de Livio, los dos grandes puntales de su historia.

Corolario de su ardiente patriotismo y de su profunda fe religiosa es el cuidado e interés que pone Livio en recoger los prodigios e incorporarlos a su historia. Contienen un valor real independientemente de su verdad histórica. El pueblo romano los había admitido dándoles pleno crédito. A ellos había ajustado su conciencia y aún su actuación pública y privada. La fe de los romanos en los prodigios influyó —y en ocasiones de una manera decisiva— en los derrotores de la historia del que ha sido, en frase de Livio, *principis terrarum populi* ⁸¹.

IV.—TESTIMONIOS Y ACLARACIONES

Evidentemente, la fe de Livio en los prodigios está plenamente comprobada; pero se trata de una fe prudente e ilustrada, que descansa sobre el fundamento de la tradición y tiene como móviles la fidelidad histórica y el patriotismo y tiende a mantener al vivo el fervor religioso. Al relatar los hechos prodigiosos, él comparte la fe religiosa de sus mayores. Trasunto de su fe religiosa es la diligencia que pone en recoger las manifestaciones de la protección de los dioses a favor del pueblo romano. Si así no fuera, si sólo se tratara de una fe ficticia y de puro compromiso, ¿cómo explicar entonces sus frecuentes elogios a la religiosidad de la Roma antigua y sus ataques a la

80. Liv. 44, 34, 3.

81. Liv. *Praef.* 3. Bassanoff hace notar que los prodigios no son en Roma simples alusiones desprovistas de toda conexión temporal. Al contrario, es importante saber cuándo, cómo y dónde se produjeron. De ordinario provienen en momentos críticos, ante un peligro o calamidad pública, en vísperas de grandes acontecimientos. El momento histórico de su realización es de suma importancia. Por eso Tito Livio, el gran historiógrafo romano, tiene cuidado en recoger las circunstancias históricas que les acompañan; Cf. BASSANOFF, *Les dieux Romains*, p. 112.

incredulidad y desmoralización de su siglo? ⁸². ¿A qué viene en ese caso aquella invocación que a los dioses dirige, ya al principio de su obra, cambiando con giro elegante, en tierna súplica, lo que había comenzado con dura reprehensión y querrela de los tiempos que la habían tocado vivir? Son muy significativas estas palabras del prefacio, porque son la expresión genuina de sus propios sentimientos y revelan, mejor que otras del interior de la obra, que pueden representar la reproducción literal de alguna de las fuentes de que echa mano, la sinceridad de sus creencias. Cf. *Praef.* 12.

Como supremo elogio del Emperador Octavio César Augusto, entre tantos títulos de gloria como ha perpetuado el *Monumentum Ancyranum*, Livio se contenta con llamarle *templorum omnium conditor ac restitutor* ⁸³. La hipocresía le hubiera llevado a prodigar los elogios al emperador, árbitro de los destinos del mundo; pero la hipocresía no dice bien con aquel que ha sido llamado por Tácito, *eloquentiae et fidei praeclarus imprimis* ⁸⁴, y por Quintiliano, *mirae jucunditatis clarissimique candoris* ⁸⁵.

No faltan testimonios laudatorios en favor de nuestro aserto. Veamos sólo algunos más autorizados: Borneque, sin dejar de reconocer que la religiosidad de Livio está a la altura de su sentimiento patriótico ⁸⁶, apunta, sin embargo, la idea de que un cierto escepticismo se desprende del relato de algunos prodigios ⁸⁷. A este escepticismo de Livio alude también Enrique Cocchia, en su introducción al libro primero de *La Historia de Roma de Livio*. Dice así: «Tanto poco egli pecca di credulità, da poter per fino precorrere —in un'intuizione mirabile del suo genio— *lo scetticismo*, con cui le età venture avrebbero accolti e tramandati i fatti meravigliosi ed eroici della primi-

82. LIV. 5, 50; 1; 5, 46, 3; 31, 9, 6 y sobre todo 43, 13, 1.

83. LIV. 4, 20, 9; *Mon. Ancy.* IV, 17; DION CAS. 53, 2.

84. TAC., *Ann.* 4, 34.

85. QUINT. 10, 1, 101.

86. BORNEQUE, o. c., p. 101.

87. BORNEQUE, o. c., p. 60.

tiva storia di Roma»⁸⁸. Bayet, uno de los más notables especialistas en religión romana y, además, buen conocedor de Tito Livio, hace igualmente una ligera alusión a su escepticismo religioso; pero este escepticismo religioso lo explica él en el sentido de que no se dejaba llevar de prejuicios vanos, aunque, por lo demás, añade, en loa del historiador, que tuvo el buen criterio de aceptar las fórmulas tradicionales: «Le scepticisme religieux de Tite-Live, son absence de préjugés son nets, et plus que par la suite; mais déja il a l'intelligence de se soumettre à la lettre des anciennes formules, dont nous pouvons ainsi chez lui mieux que chez nul autre historien chercher à retrouver l'esprit»⁸⁹. Este mismo sentido debieron querer dar a sus palabras los dos autores antes mencionados, Borneque y Cocchia. Hablar del escepticismo religioso de Livio en sentido de indiferencia, de despreocupación, de risa irónica, no es posible a quien haya leído con detenimiento el *Ab Urbe Condita* del historiador romano.

La forma de presentar Livio los prodigios y mitos de la antigüedad varia ciertamente mucho de unos pasajes a otros. Hay un abismo entre la fórmula del prólogo —*ea nec adfirmare nec refellere in animo est*⁹⁰— y la expresión valiente del libro 43, *quaedam religio tenet... quae in meos annales referam*⁹¹. Esta diferencia es la que ha dado pie a interpretaciones tan dispares respecto a la credulidad de Livio. Ocurre esto con casi todos los grandes escritores. Su múltiple y polivalente personalidad resulta inabarcable de un solo golpe de vista. De ahí sus múltiples facetas. Concretándonos a Tito Livio, Tácito admirará en él su elocuencia y sinceridad⁹², Quintiliano hará resaltar su sensatez y buen criterio⁹³, Séneca pondrá de relieve su in-

88. COCCHIA, *Libro I delle Istorie*, p. XXIX.

89. BAYET, *Tite-Live* vol. I p. XLII.

90. LIV. *Praef.* 6.

91. LIV. 43 13, 2.

92. TAC. *Ann.* 4, 34.

93. QUINT. 2, 4, 19: *Livium inter alios aetatis suae viros prudentissimus*.

genuidad y candor ⁹⁴. Así es Livio, mirado en sus diferentes facetas. Unas veces parece crédulo y otras escéptico; en unos sitios se nos presente prudente y moderado y en otros apasionado y mordaz. Mas, para juzgar a los hombres, no hay que mirarlos fragmentariamente; hay que estudiarlos en toda su compleja personalidad. Así mirado y estudiado Livio, en su conjunto, en la forma de relatar los prodigios, está por encima de todos los escritores antiguos y puede ponerse de modelo a los mismos escritores modernos. Esta es la conclusión a que llega Bayet ⁹⁵.

En el mismo sentido se expresa también Paribeni, al manifestar su admiración por la profunda religiosidad de Tito Livio. En el cotejo que hace de los grandes escritores, tanto griegos como romanos, al historiador de Roma le atribuye un puesto preeminente por su sincera y acendrada religiosidad ⁹⁶.

94. SEN., *Suas.* 6, 21: *natura candidissimus omnium majorum ingeniorum aestimator.*

95. BAYET, o. c., vol. I, p. XXXIX: «Il en est un peu autrement pour la religion et la morale. Le rationalisme sceptique de Tite-Live le rattachait assez bien à l'esprit «cicéronien»; mais la tendance des nouvelles générations, qui avaient traversé les dernières guerres civiles, les portait vers une religiosité assez confuse. Très Romain par sa haine de la *superstitio* et l'importance qu'il attache à l'exactitude des rites, Tite-Live a eu l'immense mérite de supçonner l'importance du phénomène religieux dans l'ancienne histoire; il a eu aussi la délicatesse de ne pas l'y introduire sous forme d'*exempla*, mais par des notations, précises jusqu'à la nudité, de présages, de cérémonies, de formulaires. Par ailleurs, il ne manque pas chez lui de passages où il s'est appliqué à décrire les poussées et jusqu'aux aberrations du sentiment religieux à la suite de famines, de pestes, d'appréhensions ou de désastres. De ce point de vue, il est très supérieur aux autres écrivains antiques, et très proche de nos exigences actuelles, quelles que soient d'ailleurs les sources où il a puisé. Mais c'est à cause de sa quasi-indifférence».

96. PARIBENI, *La religiosità Romana in Livio*, Milano 1943, pp. 55-56: «Nessuno dei grandi storici dell'antichità ha un più sacro sentimento del divino; non Tucidide che solo fidando nella lucidità della sua intelligenza tutto ritiene di poter spiegare col ragionamento, nè mai dà un segno di fede nel divino e se mai gli avviene di accennare a fenomeni di credenze popolari nelle divinità tradizionali o nei responsi oracolari, non nasconde il suo dispregio o il suo scherno; non Senofonte avventuroso ed errante

Borneque quiere ver un estado de oscilante contradicción en la relación titoliviana de los prodigios ⁹⁷. De hecho Weissenborn acentúa en demasia las contradicciones de *La Historia de Roma* ⁹⁸. Cocchia insiste en que no son éstas tan numerosas como quiere Weissenborn ⁹⁹, aunque admite que de un libro a otro de Livio, sobre todo entre los más distantes, se notan vacilaciones y disconformidad en el relato. Concentrándonos al tema de los prodigios, Saint-Denis, que es un buen conocedor de la materia, niega semejante contradicción, a pesar de que denuncia a veces la credulidad del pueblo y se hace eco de

nel suo pensiero filosofico e storico come nelle vicende della sua vita; e neppure nel fresco sbocciare del genio ellenico il lontano Erodoto, frequentissimo espositore di prodigi e di oracoli, ma più curioso che persuaso, più amante dello straordinario e del pittoresco che pensoso e devoto, più giovanilmente preso dal piacere di parlare e di narrare, cose che producano meraviglia, che conscio di un compito morale e sociale da svolgere. E tra i latini non parliamo di Sallustio, laudatore del buen tempo antico e degli avi devoti agli Dei, ma più che altro per malanimo verso la società contemporanea che ha attraversato le sue ambizioni e gli ha stroncato la carriera politica, e in ogni modo inetto per la sua deficiente moralità a sentire il problema religioso; non parliamo tra i posteri di Tacito, tutto chiuso, fasciato direi, nel suo amaro e scandaloso pessimismo, ma neppure di quell'antico Ennio che primo descrisse i gloriosi fatti dei patri —*hic vestrum parxit maxima facta patrum*— che le storia di Roma senti ed esaltò nella forma solenne dell'epica... Ben lungi è Livio...: gli dei, i buoni dei di Roma, non sono lontani e indifferenti; proteggono ed esaltano la pia loro città... Un'alta missione senti di compiere Livio scrivendo la sua storia, e ad essa si appresta pieno di religioso fervore, e nell'iniziarla impone silenzio a ogni orgoglio razionalistico, si fa umile e semplice come i padri antichi, e non d'altro vuol ricordarsi che d'invocare l'aiuto divino, e persino fa tacere quel suo angoscioso dolore per la decadenza dei *boni mores*... E perfettamente conseguente a questi principi, in tutti gli eventi che narra, ammette e riconosce la volontà degli dei, e minutamente espone prodigi ed espiazioni, non una tralasciando di quelle forse favole, ma sante favole, anche in quei sui tempi nei quali più non si annunziano, nè si registrano fatti soprannaturali».

97. BORNEQUE, o. c., pp. 55-60.

98. WEISSENBORN, *Einleitung*, pp. 42-43.

99. COCCHIA, *Livio* I, p. XXXV, nota 62, donde recoge las principales contradicciones atribuidas a Tito Livio y discute luego su alcance.

la morbosa psicosis colectiva que hace pulular los prodigios ¹⁰⁰.

De todas formas las vacilaciones que se pueden notar en el relato titoliviano tal vez arranquen del ambiente que dominaba en la época del escritor. Tito Livio tuvo que escribir su historia en un siglo descreído. En Roma, los círculos de gente culta no tenían reparo en hacer pública profesión de ateísmo (caso de Lucrecio) o de epicureísmo (caso especial de Horacio). La religión nacional había caído en descrédito. La política de Augusto trataba de purificar poco a poco la atmósfera. Poetas y escritores, como Virgilio y el propio Tito Livio, secundaron con ardor la empresa. Es difícil sobreponerse al ambiente. Imposible no sentir el contagio del aire malsano que se respira. Tito Livio tenía que escribir en un forcejeo constante entre el indiferentismo dominante de su época y la misión de saneamiento moral y de religiosa restauración iniciada por Augusto. Existía para él un peligro real: el de no acertar con el fiel de la balanza. Es posible que alguna página aislada de Livio refleje esta impresión de zozobante escepticismo. Pero examinada la obra en su conjunto, se llega a la convicción de una seguridad y reciedumbre de creencias religiosas por parte de su autor. En esto el Pataviano difiere claramente de Polibio, ya que éste hace público alarde de irreligiosidad; y también, de Cicerón, que, aunque fundamentalmente religioso, en varias de sus obras toma una postura abiertamente racionalista. Ciertamente que no faltan datos positivos en Polibio a favor de la religión, al menos como medida política y de saneamiento moral. El malogrado A. Alvarez de Miranda estudió detenidamente este aspecto de

100. SAINT-DENIS, en su artículo sobre la enumeración de prodigios (R. Ph. p. 140), insiste en que no hay contradicción en Livio, contra lo que sostiene Borneque (*Tite-Live*, p. 60). A este respecto dice: «Il pouvait croire à la révélation par le présages, tout en dénonçant parfois les excès de la crédulité populaire en temps de crise nationale...; il pouvait défendre, en son oeuvre de propagande impériale, la religion traditionnelle... En somme, il enregistre fidèlement dans ses annales una psychose collective qui fait pulluler les prodiges, mais il ne dit nulle part, comme Cicerón dans le livre II du *De Divin.*, 4, 72, qu'il n'y a pas de prodiges et qu'il ne faut croire à aucune forme de divination».

la irreligiosidad de Polibio, llegando a la conclusión de que el historiador megalopolitano no fue nunca iconoclasta ni propiamente antireligioso, sino un hombre contradictorio en sus actitudes religiosas, con una irreligión muy compleja y ambivalente, en la que flotaban a la deriva elementos valiosos, restos de un viejo naufragio. Por eso la irreligiosidad de Polibio no es combativa ni sarcástica, como la de Luciano de Samosata, sino más bien comprensiva, generosa, conservadora y en cierto modo nostálgica. Se trata de una *irreligiosidad cultural* después de haber abandonado —pase la redundancia— la *religiosidad religiosa* ¹⁰¹.

En cuanto al contraste entre Cicerón y Tito Livio, respecto a la consignación de los hechos prodigiosos, no hace falta insistir en ello después del estudio que ha desarrollado sobre este tema el profesor de la Universidad de Lyon, Michel Rambaud. Es un estudio sereno y objetivo. Una vez contrastada en pasajes paralelos la diferente actitud de Cicerón y Tito Livio, llega a la siguiente conclusión: «Verdaderamente, entre Cicerón y Tito Livio, se oponen dos concepciones de la historia: una pragmática, racionalista, que tiende a desmontar el tinglado de la política a fin de que los estadistas sepan guiar mejor a Roma, restaurando la constitución mixta y aprovechando las ventajas de los tres tipos de poder; la otra no rechaza en modo alguno lo sobrenatural, más bien necesita de ello, ya que se propone enaltecere la grandeza del destino de Roma y proponer útiles ejemplos de virtud... Tito Livio ha querido mostrar en el crecimiento de Roma la realización de un destino providencial, de una voluntad superior a los Romanos, de una fatalidad histórica establecida desde el principio por la voluntad de los dioses». Las últimas palabras de Rambaud sobre la diferencia entre Cicerón y Tito Livio son muy expresivas: «Dès le debut, il —Tite Live— donnait à son oeuvre une autre orientation, et reconnaissons que si cette direction était peu favorable

101. A. ALVAREZ DE MIRANDA, *La irreligiosidad en Polibio*, en «Emerita» 24 (1956) 27-65, y también en la edición póstuma de *Obras*, t. II, pp. 379-431 (Madrid, Ed. Cultura Hispánica, 1959).

au développement de l'esprit scientifique, elle lui a permis d'atteindre la grandeur, l'harmonie et la beauté»¹⁰².

Limitando nuestra observación a Tito Livio y fijándonos sólo en el tema de los prodigios, hemos de decir que el gran triunfo del historiador romano fue haber orillado los dos extremos igualmente peligrosos, el indiferentismo racionalista y la excesiva credulidad. Con él no reza el antiguo adagio que decía: *incidit in Scyllam cupiens vitare Charybdim*. Muy al contrario su conducta se ajustaba al principio de la media vía, proclamado por el mismo Livio en uno de sus libros: *Si aliquis adsentiri necesse est, media simillima veri sunt*¹⁰³. Efectivamente, de entre tantas cualidades como brillan en la obra de Tito Livio, una de las más relevantes —y precisamente con relación a los prodigios—, es sin duda su ecuanimidad, su atarasia, su imperturbabilidad, garantía en toda obra histórica de amor sincero a la verdad y del deseo de mantenerse dentro de los límites de la realidad objetiva.

V.—CONCLUSION

La lectura serena de tantos pasajes donde Tito Livio relata los prodigios y la confrontación de tantos otros donde abiertamente declara sus convicciones religiosas, nos lleva a la conclusión de hallarnos ante un escritor históricamente fiel a la tradición y religiosamente lleno de una fe prudente y equilibrada. A esta cualidad de su fe razonable, que sabe dudar en los momentos oportunos, alude Quintiliano cuando dice de él con elogio: *sicut Livius frequentissime dubitat et alii ab aliis historici dissentiunt*¹⁰⁴.

Admirador incondicional de Cicerón y conocedor a fondo de Polibio, se esforzó en poner en práctica la consigna del arpi-

102. M. RAMBAUD, *Une défaillance du rationalisme chez Tite-Live?*, en «L'Information Littéraire», 7 (1955) janvier-février, pp. 21-30.

103. Liv., 26, 49, 6: *aliquis* por *aliquibus*, forma perteneciente a la lengua popular.

104. QUINT. 2, 4, 19.

nate ¹⁰⁵, evitando sus desvíos y sin incurrir tampoco en la irreligiosidad de que, so capa de cultura filosófica, hace gala el historiador megalopolitano. Tito Livio, con la sencillez y candor de un escritor provinciano y la reciedumbre y solera de quien, avecindado en Roma, se ha ido empapando en las esencias más puras de la romanidad, supo hallar el justo medio por donde encauzar su fe religiosa. Klotzch, en la disertación citada al principio de este estudio, definió esta actitud de Livio con estas palabras que son la mejor síntesis de mi trabajo: *Non cadere in scriptorem nostrum eximium, nec superstitionis omnino non ferendae, nec negligentiae in colligendis scribendisque quibuscumque narrationibus suspicionem atque invidiam* ¹⁰⁶. Es decir, que no entra Tito Livio en el grupo de escritores que recrimina Plutarco cuando dice: τοῖς τοιοῦτοις καὶ πειθεῖν σφόδρα καὶ λίαν ἀπιστεῖ, ¹⁰⁷.

JOSE JIMENEZ DELGADO, C. M. F.

105. CIC., *De divin.*, 1, 4.

106. KLOTZCH, o. c., p. 16.

107. PLUT., *Cam.* VI, 132, 4.